Los patriarcas y su progenie: instrumentos elegidos de la providencia en Gn 12-50

The patriarchs and their descendants: chosen instruments of providence in Genesis 12-50

Călin-Alexandru Ciucurescu
Universitatea "1 Decembrie 1918" din Alba Iulia (Rumanía)
alex.ciucurescu@uab.ro
https://orcid.org/0009-0002-4693-7678
Recibido: 12 de junio de 2025. Aceptado: 26 de agosto de 2025.

Resumen: La enseñanza sobre la providencia divina alcanza su plenitud con Jesucristo, quien en Mt 6:25-34 revela la actitud ejemplar del ciudadano del Reino ante el devenir histórico. Sin embargo, el Antiguo Testamento contiene manifestaciones claras de esta doctrina, que reflejan el cuidado constante de Dios hacia su creación. Este estudio se centra en las sagas patriarcales de Israel para mostrar cómo la providencia divina ha sostenido el plan de salvación que culmina en Cristo. Los objetivos han sido: identificar las expresiones más significativas de la providencia en Gn 12-50 y presentarlas de forma accesible para el enriquecimiento espiritual del lector. La investigación abarca las vidas de Abrahán, Isaac, Jacob y José, este último siendo el cierre del ciclo patriarcal y puente hacia lo que sigue. La metodología empleada ha sido el análisis semántico, exegético y teológico del texto bíblico, utilizando su versión hebrea crítica. Concluimos que los textos revelan una doctrina madura sobre la providencia, que presenta a un Dios que cuida, guía y actúa en la historia de los patriarcas y, a través de ellos, en favor de toda la humanidad.

Palabras clave: patriarcas, providencia, exégesis, texto masorético, Antiguo Testamento.

Abstract: The teaching on divine providence reaches its fullness in Jesus Christ, who in Matthew 6:25-34 reveals the exemplary attitude of a citizen of the Kingdom in relation to the course of history. However, the Old Testament contains clear expressions of this doctrine, reflecting God's constant care for His creation. This study focuses on the patriarchal sagas of Israel to show how divine providence has sustained the salvation plan that culminates in Christ. The main objectives were to identify the most significant expressions of providence in Genesis 12-50 and present them in an accessible way for the spiritual enrichment of the reader. The research covers the lives of Abraham, Isaac, Jacob, and Joseph, the latter as the conclusion of the patriarchal cycle and a bridge to what follows. The methodology employed was semantic, exegetical, and theological analysis of the biblical text, using its critical Hebrew version. We conclude that the texts reveal a mature doctrine of providence, presenting a God who cares, guides, and acts in the history of the patriarchs and, through them, for the whole of humanity.

Keywords: patriarchs, providence, exegesis, masoretic text, Old Testament.

© 2025 Călin-Alexandru Ciucurescu
BY-NC-SA Creative Commons BY-NC-SA 4.0
ISSN 2953-5336

Introducción

Así comienza la oración penitencial atribuida en el periodo intertestamentario a Manasés, más de mil años después de la vida de los patriarcas: "Señor Todopoderoso, Dios de nuestros padres, de Abrahán, de Isaac y de Jacob, y de su justa descendencia" (Oración de Manasés 1, 1), y así es como la Iglesia Ortodoxa la sigue usando en su liturgia, más de tres mil años después de estos. ¿Quiénes son estos *patéres árchon* que inspiran himnos y cánticos religiosos, que siguen siendo recordados tantos milenios después de su muerte, por personas tan lejanas y distintas de las personas con las que ellos convivieron, y cuál es su relevancia hoy en día? ¿Cómo Yahvé, en su divina providencia e inconmensurables decretos, les escogió para obrar a través de ellos para el bien de su pueblo y para su plan salvífico? En este estudio nos adentraremos en un tema difícil de abarcar, por su amplitud y profundidad, pero recompensante y rico en todos los sentidos en los que el principal tema del Antiguo Testamento puede ser. Analizaremos las figuras de los patriarcas de Israel y de su descendencia, limitándonos a Gn 12-50, desde el prisma teológico de la providencia divina y de la elección singular que Yahvé obró con ellos. ¿A qué nos referimos cuando hablamos de *providencia divina*? Estamos hablando de una de las doctrinas más básicas y fundamentales del cristianismo: el cuidado y guía constante de Dios hacia su creación, y es así como las tradiciones más importantes del cristianismo definen esta importante enseñanza que empieza a ser definida más exactamente en el judaísmo postexílico y madura completamente con la compleción de la revelación divina en Jesucristo.

Si bien el presente estudio parte de la exégesis de los textos bíblicos relevantes, no se ofrecerá únicamente un análisis exegético de los términos, sino que, partiendo de este, desembocaremos en una hermenéutica textual y una reflexión teológica sobre el tema de la providencia divina, enriqueciendo nuestro conocimiento sobre esta doctrina tan fundamental para el cristianismo. La contribución particular que consideramos que este artículo ofrece para una mejor comprensión de esta doctrina teológica es el hecho de que partimos directamente de los textos bíblicos y de sus términos para sustraer un mensaje teológico relevante y fundamentado en la palabra de Dios. Es por tanto por lo que este estudio se enmarca en la teología bíblica, no obstante, haciendo hincapié en lo que esta puede aportar a todas las demás ramas teológicas, especialmente a la teología sistemática.

Delimitación terminológica

Explayar los términos que se usarán en cualquier estudio es fundamental para poner las bases de un lenguaje común que facilitará la comprensión tanto del estudio como de nuestros objetivos. Si bien el término español "providencia" procede del latín "providentia", que a su vez intenta traducir el término griego original "πρόνοια", no existe un equivalente en el hebreo original del Antiguo Testamento. No obstante, la ausencia del término no implica una ausencia de lo que el término describe. Si entendemos la providencia divina como la constante implicación y cuidado de Dios para con el mundo, sobran las palabras para entender que el Antiguo Testamento no es sino un gran relato de providencia. Desde el judaísmo mismo se reconoce una doctrina de la providencia divina: "*Providencia* se emplea para definir (1) la *actio æterna* de Dios (su presciencia

y sus disposiciones para la realización de su voluntad suprema [πρόγνωσις y πρόθεσις]), y (2) la *actio temporis* de Dios (Su poder para preservar y controlar el universo y todo lo que en él se encuentra)" (Singer, 1906, p. 232). La primera definición concerniría al plan universal de la salvación de la humanidad, mientras que la segunda definición haría referencia al cuidado de las instancias concretas con las cuales se realizaría dicha salvación (en este caso, la familia de Abrahán). Vemos esta misma definición de manos de *Encyclopedia of Christian Theology* también: "La palabra *providencia* designa la forma en que Dios gobierna el mundo de acuerdo con sus propósitos. En sentido amplio, la providencia concierne a toda la creación; más estrictamente, a la humanidad; y aún más específicamente, a la dirección de la historia" (Yves-Lacoste, 2005, p. 1306).

Estas serán las definiciones que usaremos para aplicarlas a nuestro análisis del texto bíblico. El estudio que realizaremos será eminentemente literario y teológico, si bien emplearemos la exégesis y el análisis de los idiomas originales cuando sea necesario. Analizaremos todas las instancias textuales que sean útiles para la argumentación, y realizaremos una conclusión transversal. Los textos bíblicos que se analizarán aquí se caracterizan por una profunda complejidad a nivel de temática, exégesis y contexto histórico y teológico, y, naturalmente, la temática daría lugar a un estudio mucho más amplio. No obstante, el estudio presente utiliza un tratamiento que, aunque breve, es bastante sistemático y útil para llegar al objetivo propuesto, dejando lugar también para una posterior profundización personal. Nuestro estudio será ante todo un comentario teológico sobre el texto bíblico que tendrá en cuenta las aportaciones de la crítica bíblica moderna en la voz de algunos de sus más ilustres representantes.

La elección y la providencia divina en los ciclos de Abraham, Isaac y Jacob

Nada de lo que está descrito en los primeros once capítulos del Génesis nos prepara para la historia de los patriarcas. El libro, en este sentido, puede dividirse en dos historias sin ninguna aparente relación, sin más unión que las *tôlᵉdōt* (תּוֹלְדוֹת)[1] de Téraḥ. Nos son presentadas tres sagas,[2] que son las de los tres patriarcas, y una historia, la de José. Estamos ante los relatos primordiales de nuestra fe, donde nuestro Dios se revela por primera vez en la historia conocida como deidad tutelar de los miembros de esta familia, que serán ancestros de todos los futuros creyentes en este Dios de toda la tierra. Su énfasis principal es la alianza que se pacta y que nos afectará a todos para la posteridad, y la temática teológica más resaltada será la providencia divina en todos sus

[1] Observamos el uso de la palabra *tôlᵉdōt* en numerosas ocasiones en el Pentateuco, pero sobre todo en el libro del Génesis. Sobre el uso de esta palabra como punto de unión histórico y teológico véanse Robinson R. B., "Literary Functions of the Genealogies of Genesis", *CBQ* 49 (1996) 595-608 y Hieke, T., "La genealogía como instrumento de representación histórica en la Torah y el papel de las mujeres en el sistema genealógico" en Navarro M. y Fischer I. (eds.), *La Torah*, Estella 2010.

[2] Me he decantado por emplear el término de "saga" para describir los pasajes sobre los patriarcas porque son narrativas amplias, multigeneracionales e interconectadas que describen temas complejos sobre la descendencia, las promesas divinas y la alianza, mientras que he usado el término "historia" para las vivencias de José en Egipto porque es una narrativa más concentrada, individual e independiente, mucho más cercana a una novela corta. Por supuesto, estas categorizaciones pueden resultar algo arbitrarias dada la complejidad de los géneros literarios bíblicos, pero nos servirán por el presente.

aspectos (como la elección o la alianza). Como explica Rolf Rendtorff (2001, p. 23), la historia actual de los patriarcas es el resultado de un largo proceso de composición de todas las tradiciones existentes que evidencian de manera clara que, en su momento, partieron de historias particulares. Los patriarcas nos son presentados como unos que habitan en tiendas; nómadas que cambian su localidad y sus pastos según la necesidad (algo que, como veremos, será muy importante para la providencia divina y la elección). Claus Westermann (1985, p. 23-24) nos comenta sobre estas narraciones que su importancia reside en la presentación de lo cotidiano imbuido de lo divino. En el tiempo de los patriarcas, en el que la nación de Israel se estaba formando y el *estado* también, la perspectiva se basaba enteramente en la memoria de los orígenes que era guardada en el seno de una familia y en los ancestros de esta. Las relaciones básicas que ocurren dentro de una familia son el mismo objeto de las historias patriarcales. Esta familia no presenta narrativas sobre héroes gloriosos o legendarios, sino que presenta la propia historia de los miembros de esta, tan cotidiana como la de cualquier otra. Estas mismas bases familiares entre los patriarcas serán paradigmáticas para el resto de la humanidad a través de su historia. Estos relatos nos presentan dichas relaciones comunitarias humanas de manera teológica, pues no podemos hablar de ellas sin hablar al mismo tiempo de Dios, que obra dentro de estas. La acción de este Dios es, muchas veces, implícita, natural y orgánica dentro de la matriz histórica. ¿Por qué mencionamos los dichos de este autor? Los consideramos relevantes debido a que la providencia divina se manifiesta dentro de esta cotidianeidad y dentro de estas relaciones familiares que son paradigmáticas para las del resto de la humanidad. Según Joseph Blenkinsopp (2001, p. 131-132), la historia que se expone en los capítulos que presentan a los patriarcas es relativamente breve, al ser una historia familiar a lo largo de cuatro generaciones. Hay pocos comentarios del narrador sobre los protagonistas y lo que hacen. Sus acciones están descritas en episodios de diversa longitud y hablan sobre sí mismas. El significado esencial de lo que acontece en los relatos no es expuesto principalmente, pues se colocan en clave las intervenciones de la divinidad y los sueños reveladores, que es sobre lo que la narración realmente hace hincapié.

> Ahora bien, Yahvé dijo a Abram: 'Vete de tu país, de tu patria, y de tu casa paterna, al país que yo te mostraré; y yo haré [וְאֶעֶשְׂךָ] de ti una gran nación, te bene deciré y engrandeceré tu nombre [וַאֲגַדְּלָה שְׁמֶךָ וַאֲבָרֶכְךָ]; serás, pues, una bendición. Bendeciré a quienes te bendigan y al que te maldiga maldeciré, y en ti serán benditas todas las familias de la tierra [וְנִבְרְכוּ בְךָ כֹּל מִשְׁפְּחֹת הָאֲדָמָה וַאֲבָרְכָה מְבָרְכֶיךָ וּמְקַלֶּלְךָ אָאֹר]' (Gn 12:1-3).[3]

Según Nahum Sarna, "la intención de las Escrituras es enfatizar el aspecto creyente de la personalidad de Abrahán y la magnitud de su acto de fe" (Sarna, 1970, p. 100). La primera intervención directa de Yahvé en la historia de la humanidad después de lo ocurrido en la ciudad de Babel, tal y como se recoge en los textos canónicos, es con un hombre llamado *Abram*, cuya descendencia nos es presentada, a partir de Sem, justo después del evento ya mencionado. La historia de la humanidad parece que se suspende y se retoma especialmente para este Abram, que sirve de puente de unión entre los

[3] Los pasajes bíblicos citados en la presente obra constituyen traducciones propias realizadas a partir del hebreo y del griego bíblico, partiendo de las Biblias citadas en la sección "Referencias" de este artículo.

sucesos primordiales y la historia *cercana*, tal y como la concebimos nosotros. Yahvé se adentra en esta historia, en *nuestra* historia, para elegir personal y singularmente a uno como nosotros y actuar en su vida y en nuestra vida a través de él. Esta no es únicamente la interpretación cristiana del suceso, sino que esta historia cambiará para siempre *toda* la historia de la humanidad, al adentrarse Dios en ella, pues implica un juicio. A partir de ahora, las personas serán juzgadas según cómo responden a esta historia salvífica y cómo la aplican a sus vidas. Dios se adentra personalmente en el mundo que él ha creado y que se ha vuelto en contra suya, y elige obrar a través de alguien que es parte de este mundo, para preparar el camino de la restauración. El imperativo *vete* (לֶךְ־לְךָ), implica una orden directa y personal de Dios, que está ligado también a una promesa. Dios elige a Abram, le ordena salir y le promete que si lo hace le dará amplia descendencia. Abram es escogido y se convierte en instrumento providencial para todos los linajes de la tierra. Abram es instado a confiar en la providencia de Yahvé como en su única opción. No le es proporcionada más información que la que está presente en la promesa misma, y esta se convierte en motivo de su confianza. La guía providencial de Dios se convierte en lo único que puede confortar a Abram en el viaje que emprenderá, convirtiéndose en modelo de fe y confianza para la posteridad. Según Gerhard von Rad (1972, p. 159), este viaje tiene aún más relevancia si examinamos su contexto social y cultural. Abram es un hombre que está solo en medio de una multitud de naciones existentes al que se le enfrenta a una acción de virtud por elección. El relato no nos explica por qué la elección providencial de Dios no cayó sobre Jafet, Cam o Sem o sobre cualquier otro descendiente, pues no es tan relevante la persona como el hecho de que Yahvé es en realidad el sujeto principal de la historia sagrada, al ser el que pronuncia el primer verbo y el que insta a Abram a actuar. Este conoce las dificultades a partir de las cuales Abram parte y los sacrificios que se le piden debido a esta elección de la providencia divina, por eso los enumera de menor a mayor importancia para Abram: מֵאַרְצְךָ וּמִמּוֹלַדְתְּךָ וּמִבֵּית אָבִיךָ (tierra – familiares – casa paterna) indicando el grado de sacrificio que la providencia le pide al recipiente de la elección y de la promesa.

La segunda parte de la promesa de Dios nos es relatada: "Yahvé se apareció a Abram y dijo: 'A tu descendencia daré esta tierra'" (Gn 12:7). Se puede apreciar que, ya desde el principio, el binomio *descendencia* y *tierra* forma parte de la promesa providencial ligada a la singular elección de Abram. Él es elegido con un propósito determinado, y Dios le guiará de manera determinada para este propósito, que repercutirá en las generaciones venideras. Sobre este binomio se fundamentará toda la futura fe de Israel, y todas sus creencias y esperanzas se verán ligadas a este momento.

> 'Pues toda la tierra que divisas, a ti y tu descendencia la daré para siempre. Haré a tu descendencia como el polvo de la tierra; que, si alguno pudiera contar el polvo terrestre, también tu descendencia podría contarse [כִּי אֶת־כָּל־הָאָרֶץ אֲשֶׁר־אַתָּה רֹאֶה לְךָ אֶתְּנֶנָּה וּלְזַרְעֲךָ עַד־עוֹלָם וְשַׂמְתִּי אֶת־זַרְעֲךָ כַּעֲפַר הָאָרֶץ אֲשֶׁר֙ אִם־יוּכַל אִישׁ לִמְנוֹת֙ אֶת־עֲפַ֣ר הָאָ֔רֶץ גַּם־זַרְעֲךָ יִמָּנֶה]. Levántate, recorre el país a su largo y a su ancho, pues a ti te lo daré [כִּי לְךָ אֶתְּנֶנָּה]'. (Gn 13:15-17)

La promesa anterior se encuentra reforzada con estas palabras que Yahvé le profiere a Abram después de asentarse propiamente en la tierra, al haber llegado él y su familia. Dios asegura que Abram recibirá la tierra, que será para su descendencia. Esto

implica el descubrimiento de un plan eterno de Dios, que será llevado a cabo providencialmente. Si Dios le asegura a Abram dicha tierra es porque sabe que se adentrará en la historia de tal manera que esta promesa se haga realidad, no dejando nada al azar ni instando a Abram a que conquiste él solo la tierra, propiamente. En este texto, que podría catalogarse como un oráculo profético, Dios asegura que la descendencia de Abram será innumerable. Al igual que lo anterior, esto también implica y representa un vaticinio providencial respecto a la posteridad de Abram, que se ve amenazada por las limitaciones contextuales que acarrea el personaje. La solución propuesta por Dios a su problema es la confianza en la divina providencia. Siguiendo a Julius Wellhausen, von Rad (1972, p. 172) afirma que precisamente estos versículos que hemos presentado formarían parte de una adición tardía. Él arguye que la fuente Y (*yahvista*, una de las fuentes hipotéticas consideradas por los biblistas como constituyentes del Pentateuco junto con la *elohísta*, *sacerdotal* y *deuteronomista*) no encontró esta llamada divina a Abram en la tradición sobre Lot, sino que la añadió a propósito según esta temática especialmente importante relacionada con la elección y la providencia. Lo que estos biblistas aducen resulta importante para nuestro estudio, pues concluiríamos, partiendo de esto, que el redactor consideró de especial importancia añadir este fragmento al texto para resaltar la noción sobre la elección y la providencia divina y su importancia fundamental dentro de la historia.

> ¡Bendito sea Abram, de ʻEl-ʼElyón, creador del cielo y de la tierra, y bendito sea ʻEl-ʼElyón, ¡que entregó a tus enemigos en tu mano! [וּבָרוּךְ אֵל עֶלְיוֹן אֲשֶׁר־מִגֵּן צָרֶיךָ בְּיָדֶךָ]. (Gn 14:19-20)

La victoria de Abram es presentada por Melquisedec como fruto exclusivo de la providencia de Dios, que *ha entregado* a los enemigos en sus manos. La promesa se ve amenazada por la guerra que Amrafel, rey de Senaar, Arioc, rey de Elasar, Quedorlaómer, rey de Elam, y Tidal, rey de Goí, declaran contra Bera, rey de Sodoma, Birsá, rey de Gomorra, Sinab, rey de Admá, Seméber, rey de Seboín, y Sóar, rey de Bela. En este conflicto, Abram sale victorioso porque se atenta contra la vida de Lot, y él le salva. Aunque se adentra en un conflicto que, a priori, le es ajeno, Abram sale victorioso porque la promesa de Yahvé es eterna, y él es fiel para cumplirla. Nada, ni siquiera una guerra, la pondrá en peligro, pues Dios protege la vida de Abram en su cometido para salvar a sus parientes. Von Rad (1972, p. 175) ya afirma que este capítulo contiene uno de los más difíciles y debatidos materiales de todo el Antiguo Testamento. Sus preocupaciones difieren enormemente de las de la mayoría de las historias patriarcales, llevándonos a través de la historia del mundo y de las civilizaciones, y de los conflictos entre estas y de sus consecuencias. Los eventos no son contados con la *vivacidad* con la que se cuentan los otros, sino que se registran a modo de crónica histórica, que es lo que pretende ser el relato. El biblista arguye que, debido a lo que ya se conoce sobre el Antiguo Oriente, muchas de estas tradiciones provienen de relatos antiguos, interculturales e interreligiosos. Esta tradición, incluida entre nuestras tradiciones bíblicas, es diferente al resto tanto en procedencia como en contenido. ¿Por qué es, entonces, relevante para nuestro estudio? Desde el punto de vista teológico, nuestro estudio quiere argumentar que el motivo de existencia de esta tradición no es otro que el de demonstrar el particular cuidado de la providencia divina para con el objeto de la elección de Dios. Abram, que no

es ni rey, ni guerrero, se enfrenta a los sucesos más peligrosos que se pueden imaginar y se salva porque Yahvé le acompaña permanentemente y su providencia le guía para que la elección y la promesa no se vean afectadas por ninguno de los avatares de la historia.

Especial consideración debe prestarse a la figura de Melquisedec. Aunque haya críticas que sitúen este relato fuera del Pentateuco y de sus fuentes principales, no hay un consenso oficial respecto a cuándo fue insertado este relato y por qué, según el biblista Martin Noth (1972, p. 28). Hay autores, como Blenkinsopp (2015, p. 56), que especulan que puede haber sido insertado después del exilio para ofrecer validación al sacerdocio y a los diezmos relacionados con la época del Segundo Templo. Nuestro interés se centrará únicamente en la lectura teológica de este personaje. Según la *Jewish Encyclopedia* (Singer, 1904, p. 450), el relato de Melquisedec no es ni invención, ni el producto de un error del copista, sino que se poya en antiguas tradiciones religiosas jerosolimitanas. *Sedec* era un antiguo nombre de Jerusalén, que podría hasta tener conexiones fenicias con el culto a Júpiter. Esta figura, arguye la enciclopedia, ganó especial importancia en la época postexílica, pues los judíos buscaban convertir a los paganos, sobre todo en Alejandría, a través de esta clase de figuras que representaban un tipo antiguo de monoteísmo anterior a Abrahán en un tiempo en el que ni la raza judía, ni la circuncisión, existían, como pasó también con la figura de Enoc. Filón de Alejandría, culmina la enciclopedia, le consideraba el *Logos*, el sacerdote cuya única herencia era el Dios verdadero. Este tipo de interpretación sobre este personaje es la que será utilizada para ser aplicada a Dios mismo en Su encarnación, pues Melquisedec solo será entendido completamente desde la persona de Jesucristo. Las Escrituras arrojan luz sobre su figura: "Lo ha jurado Yahvé y no ha de arrepentirse: 'Tú eres sacerdote para siempre, a la manera de Melquisedec'" (Sal 110:4), que se aplicará a Jesucristo: "Jesús, hecho sacerdote eternamente a la manera de Melquisedec" (Heb 6:20b). Es desde esta clave bíblica desde donde leeremos a Melquisedec. Los textos le presentan eminentemente como una figura providencial, vinculada tanto a la elección de Abram como a la promesa hecha a este. Teniendo en cuenta la providencia divina, no podemos pensar que la aparición de este personaje sea una coincidencia; más aún si observamos la importancia que esta figura tendrá en la tradición cristiana como prefiguración mesiánica que la exégesis y la memoria colectiva religiosa futura ligará intrínsecamente a la persona de Jesucristo. Desde esta clave podemos leer una entrada en la historia personal, física y teofánica de Dios, bajo la apariencia de Melquisedec. Este personaje refleja, por tanto, una manifestación providencial clara por su prefiguración mesiánica.

> '…no temas, Abram, soy para ti un escudo; tu galardón será sobremanera grande' […] 'No te heredará ese, sino quien salga de tus entrañas, ese te ha de heredar'. Entonces le sacó afuera y dijo: '¡Otea el cielo y cuenta las estrellas, si puedes contarlas!' Y añadióle: '¡Así será tu descendencia […] Yo soy Yahvé, que te saqué de Ur de los caldeos para darte este país en posesión' […] Se le dijo a Abram: 'Has de saber bien que tu descendencia será huésped en tierra ajena, ¡y la someterán a servidumbre y la oprimirán por espacio de cuatrocientos años! Pero también a la nación que ellos han de servir la he de juzgar yo y tras esto partirán con grande riqueza. En cuanto a ti, irás [a reposar] con tus padres en paz, siendo sepultado en buena ancianidad. Los de la cuarta generación tornarán acá, pues hasta ahora no ha llegado a su colmo la iniquidad del amorreo'. […] En aquel día pactó Yahvé

> alianza con Abram, diciendo: 'A tu posteridad otorgo este país, desde el río de Egipto hasta el Río Grande o río Eufrates: los qenitas, los qenezeos…' (Gn 15:1b, 4-5, 7b, 13-16, 18, 19a).

El decimoquinto capítulo del Génesis es un pilar fundamental de la teología por la riqueza que alberga. Hemos hecho esta selección de textos relevantes a nuestro estudio. El capítulo comienza con Yahvé asegurando a Abram respecto a la promesa, instándole a confiar en él y en su guía providencial, llamándose a sí mismo *escudo* (מָגֵן). La confirmación repetida de la promesa hecha a Abram denota, en primer lugar, que él no confiaba en esta. Yahvé se encuentra asegurando constantemente las palabras habladas a su siervo, palabras de elección y providencia. El futuro es puesto en manos de Dios y bajo su total control. Yahvé se muestra Señor de la creación y de todos los sucesos que ocurren en esta. La descendencia de Abram no será fruto del azar ni de una predicción que podría no cumplirse, sino que será fruto de una decisiva acción de Dios que será inalterable. Así como el futuro está en sus manos, también lo estuvo el pasado. Al igual que muestra Yahvé sobre la salida de Abram y de su familia de 'Ur de los caldeos, como parte de su elección. De mucha más vital importancia serán los vaticinios que les son revelados a Abram a continuación. Dios le descubre de antemano que su descendencia, de la que aún no existe ni siquiera el primer hombre, padecerá la esclavitud por cuatrocientos años en la tierra de Egipto.

Si bien la crítica bíblica leerá en este texto una interpolación postexílica que buscaba fundamentar su historia y los eventos relacionados con la época de la esclavitud, muy paralela a la época de la cautividad babilónica, en la figura del fundador de esta misma historia y primer antecesor en la fe la lectura teológica de este texto nos presenta una muestra inédita y más que evidente de la providencia de Dios, que supera todas las barreras sociales, culturales y temporales al prever que la nación que hará sufrir al pueblo será castigada. Aquí vemos a Dios nuevamente poniendo el futuro de todas las naciones, no solo la nación de la que formará parte la progenie de Abram, en sus manos. Los actos que les propiciarán a los israelitas serán castigados por Dios. No podemos pasar por alto la siguiente frase: "pues hasta ahora no ha llegado a su colmo la iniquidad del amorreo". Pues bien; después de la salida de esta profetizada cautividad egipcia, Yahvé le revela a Moisés las siguientes palabras: "No os hagáis impuros con ninguna de estas cosas, pues mediante todas estas cosas se han hecho impuras las naciones que yo expulsaré de delante de vosotros. El país se ha contaminado y he decidido castigar su iniquidad, de suerte que el país ha vomitado a sus habitantes" (וַתִּטְמָא הָאָרֶץ וָאֶפְקֹד עֲוֹנָהּ עָלֶיהָ וַתָּקִא הָאָרֶץ אֶת־יֹשְׁבֶיהָ) (Lv 18:24-25) y en el libro postexílico de Judit, vemos que, a través de la boca de Aquior, las siguientes nociones son expuestas:

> …si hay algún error en este pueblo y están pecando contra su Dios [εἰ μὲν ἔστιν ἀγνόημα ἐν τῷ λαῷ τούτῳ καὶ ἁμαρτάνουσιν εἰς τὸν θεὸν αὐτῶν], comprobaremos que tienen este obstáculo, subiremos y les declararemos la guerra. Pero si no hay falta contra la ley, pase de largo mi señor, no sea que su Señor y Dios les sirva de escudo protector [μήποτε ὑπερασπίσῃ ὁ κύριος αὐτῶν καὶ ὁ θεὸς αὐτῶν ὑπὲρ αὐτῶν] y nos convirtamos en baldón ante toda la tierra. (Jdt 5:20b-21)

La importancia del texto que hemos citado del Génesis y su conexión con estos otros es fundamental para el objeto de nuestro estudio. Estos textos relacionan intrín-

secamente la escucha y el cumplimiento de la ley de Yahvé y la permanencia en la tierra. Extrapolando, lo que los textos nos transmiten son dos mensajes teológicos claros: (1) La suerte de las naciones está enteramente en manos de Dios; (2) Esta suerte depende enteramente del cumplimiento o no cumplimiento de Su voluntad. Así comienza el cuarto capítulo del Deuteronomio: "Ahora, pues, ¡escucha, Israel, las leyes y decretos que os enseño a practicar, a fin de que viváis y entréis a poseer el país que Yahvé, Dios de vuestros padres, os da!" (לְמַעַן תִּחְיוּ וּבָאתֶם וִירִשְׁתֶּם אֶת־הָאָרֶץ אֲשֶׁר יְהוָה אֱלֹהֵי אֲבֹתֵיכֶם נֹתֵן לָכֶם) (Dt 4:1). La luz que los textos bíblicos arrojan sobre esta cuestión es bastante clara: Dios está en completo control de la historia y de sus sucesos. El mensaje veterotestamentario clásico está muy presente: el cumplimiento de la ley de Dios acarrea bendiciones de su parte (que llevará a formas erróneas de espiritualidad, como posteriormente criticará el libro de Job o Jesucristo mismo), pero el incumplimiento de las observancias que Dios ha prescrito acarreará la expulsión, el *vomitar* de la tierra a sus habitantes. La providencia divina está en completo control de cada suceso y guía el curso de la historia según Su beneplácito, acorde al plan decretado antes de todos los siglos, y no hay nada dejado a la aleatoriedad. La mentalidad bíblica presentada en el Génesis muestra la providencia divina literalmente en cada suceso de la vida cotidiana, no únicamente en la macro historia de la humanidad que guía los importantes eventos, sino también en las microhistorias personales y diarias de las personas, como podemos apreciar en lo que dice Śaray: "Yahvé me ha hecho estéril" (Gn 16:2b). Esto nos hace conscientes de otro peligro con el que se enfrenta la promesa hecha por Yahvé: la esterilidad del recipiente de esta promesa. ¿Cómo puede ser que el mismo Dios que le promete a Abram una descendencia inimaginable haga estéril a la esposa de este? Su providencia está detrás de ambos sucesos, y el suceso de la esterilidad no es más que otro vehículo e instrumento providencial que permite llevar a cabo el plan de la elección personal que se le hizo a Abram.

> Le dijo asimismo el ángel de Yahvé: 'Multiplicaré abundosamente tu descendencia de suerte que no podrá contarse por su multitud'. El ángel de Yahvé le dijo aún: 'He aquí que estás encinta y parirás un hijo a quien pondrás de nombre *Ismael*, porque Yahvé ha escuchado tu aflicción. Él será un onagro humano, pondrá su mano en todos y la mano de todos será en él y frente a todos sus hermanos acampará' (Gn 16:10-11).

Según von Rad (1972, p. 193), los seres intermediarios que se inmiscuyen activamente en los asuntos de los hombres eran poco conocidos en el Antiguo Israel en comparación con las otras culturas. Según argumenta este biblista, era dificultoso, desde el punto de vista del culto a Yahvé y de su gloria inconmensurable y guía omnipresente de la historia, introducir ángeles como intermediarios. De acuerdo con los pasajes en los que el *ángel de Yahvé* aparece, esta figura siempre es una que personifica la ayuda providencial de Dios para con su pueblo y no solo con los miembros de este. En cambio, dice el biblista, también hay pasajes dificultosos, que son los que presentan a este *ángel* hablando y proclamando, lo que le hacen difícil de diferenciar de Yahvé mismo. El que aquí habla, por ejemplo, que hace las veces tanto de ángel como de Yahvé, es Yahvé mismo. El *ángel de Yahvé* es una forma de referirse a Yahvé mismo, o sea, a Dios en forma comprensible para los humanos.

Von Rad continúa argumentando que el motivo de esta presentación tan aparentemente extraña es la conflación de varias y antiguas tradiciones. Por un lado, tenemos antiguas tradiciones sobre santuarios y sitios sagrados que designaban teofanías y, por otro lado, aparecieron más tarde las tradiciones que afirmaban que en dichos sitios no apareció Yahvé, sino un mensajero Suyo. Desde el punto de vista histórico y crítico, a nuestro parecer, esto aparece a la vuelta del exilio por el contacto con la cultura persa. Desde el punto de vista teológico, esto se debe a una revelación progresiva. Si los judíos aceptaron estas creencias en el exilio, lo hicieron porque las consideraron correctas, pero ¿por qué las consideraron correctas? De todas maneras, estas teofanías angélicas son extremadamente relevantes para nuestro estudio porque, ya sea para comunicar o pronunciarse en diversos aspectos, o para obrar, parecen ser manifestaciones claras y específicas de la providencia divina para con sus elegidos.

El episodio de Agar muestra una noción de la providencia muy particular y elocuente. Presa de la desesperación porque la promesa que el Señor les hizo hace mucho tiempo no se cumplía, sino que se veía amenazada por la imposibilidad biológica, Śaray le dice a Abram que entre a su sierva, la egipcia Agar, y dé a luz a un hijo a través de ella, que era una práctica generalizada en el Medio Oriente de ese periodo. Debido a los inevitables conflictos que habrían de nacer entre dos mujeres que se encuentran en esta situación, Śaray expulsa a Agar y su hijo, y ella clama a Yahvé, quien corre a su auxilio y se le presenta, por ello, como אֵל רֳאִי (“Dios que ve”). Dios se muestra ante Agar como uno que ve, que conoce y que escucha nuestras aflicciones y toma actitud ante ellas con su providencia, siendo estas también fruto de ella.

La providencia de Yahvé le muestra como un Dios misericordioso, que conoce el sufrimiento de los oprimidos; que corre por el desierto para salvar a una madre y a su hijo, un niño nacido de la incredulidad de Śaray en la promesa que Dios le hizo a ella, por lo tanto, un niño frente al cual Yahvé no habría tenido ninguna obligación de cuidado, al nacer precisamente como fruto del no escuchar su voluntad, pero, en primer lugar, se muestra como un Dios que escucha y ve la aflicción de los que le claman. En segundo lugar, utiliza a Ismael también como instrumento de su providencia y le sitúa debajo de la égida de esta. De Ismael también nacerá una gran nación, y someterá a otras, según la clarividencia providencial que el ángel de Yahvé le revela. Podemos creer que estos oráculos de Yahvé son únicamente profecías de lo que ocurrirá, sin que Dios lo quiera particularmente u obre para ello, pero lo que Dios revela que sucederá implica necesariamente que vaya a suceder, y nada de lo que sucede lo hace sin que la providencia divina lo permita. Blenkinsopp (2001, p. 137) argumenta que la relación de Ismael con su hermano Isaac es un *tipo* del papel que jugará Esaú en relación con su hermano Jacob. Explica esto partiendo del motivo común del hermano mayor suplantado por el menor, a pesar de que Ismael también haya pasado por la circuncisión y de que también forme parte de la misma alianza de la que formará este. Según el biblista, esto recuerda también al papel de Lot, que, al igual que Ismael y Esaú, se establece fuera de los límites de la tierra prometida a Abram, recibiendo todos también una bendición subsidiaria, no principal. Las argumentaciones de este autor son altamente relevantes para nuestro estudio pues resaltan una vez más el tema de la elección y la providencia divina, que no está sujeta al azar biológico ni hereditario, sino que obra gratuitamente en base a lo que su Autor considere correcto para el curso de la historia.

> Era Abram de noventa y nueve años cuando se le apareció Yahvé y le dijo: 'Yo soy 'El-Šadday, camina en mi presencia y sé perfecto. Yo estableceré mi alianza entre Yo y tú y te multiplicaré muy mucho' […] 'Te haré fructificar muy mucho; te convertiré en naciones y saldrán de ti reyes. Confirmaré, pues, mi alianza entre Yo y tú, y con tu descendencia después de ti, en la serie de sus generaciones, a modo de alianza eterna, a fin de que sea Yo 'Ělohim tuyo y de tu descendencia después de ti. Daré a ti y después de ti a tu descendencia el país de tus peregrinaciones, todo el país de Canaán, en posesión perpetua, y seré su 'Ělohim para ellos'. (Gn 17:1-2, 6-8)

Aquí estamos frente a un texto similar al tratado en el cap. 15, pero con otro énfasis. Este relato es sacerdotal y primero nos fijaremos en el epíteto *'El-Šadday*, siendo esta la primera vez que aparece. Para entender mejor su significado, ya que aquí, por sí solo, no nos transmite mucho, iremos al libro de Rut: "Ella les dijo: 'No me llaméis ya No'emí, llamadme Mará', porque de amargura me ha llenado Šadday. Colmada partí y de vacío me ha hecho volver Yahvé. ¿Por qué, pues me habéis de llamar No'emí cuando Yahvé ha dado testimonio contra mí y Šadday me ha hecho desgraciada?'" (Rut 1:20-21). José Vílchez opina que el autor del libro de Ruth utilizó el antiguo nombre de *Šadday* con tendencia a arcaizar y advertir el aspecto severo y violento de la divinidad (Vílchez, 1998, p. 84). Es muy difícil precisar la etimología de este epíteto divino, aunque se han propuesto muchas tesis. Nosotros nos limitaremos a decir que quienes tradujeron el texto hebreo a la Septuaginta reprodujeron este nombre como Παντοκράτωρ ("Todopoderoso"), pero la teoría que parece más coherente es la que deriva este nombre del verbo hebreo *šaddad* (שָׁדַד), que se traduciría por *destruir* o *desolar*, lo que nos haría traducir *Šadday* como *Destructor*. Lejos de sorprendernos por este término, debemos ser conscientes de que la piedad y la sensibilidad religiosas judías eran diferentes de la piedad helenística, que influiría en el judaísmo y el cristianismo y su relación con Dios, y en nuestras nociones contemporáneas, pues la Iglesia las ha acarreado. Los israelitas hablaban con Dios sin filtros, reprochando y criticando sus acciones, como vemos a menudo en los salmos o en el libro de Job. Este entendimiento del epíteto con el que se presenta Dios como *Destructor* es muy apropiado en el contexto en el que habla Noemí, por lo que es el más plausible. En primer lugar, nos hemos ido al libro de Rut porque este libro está situado, cronológicamente, en la época de los jueces. Por tanto, la espiritualidad de este periodo era muy cercana a la de los patriarcas.

No sucede así con la espiritualidad postexílica. Tal como Vílchez ha dicho, el redactor del texto sagrado eligió este epíteto con la intención de arcaizar, por lo que es factible que la misma comprensión de este nombre se guarde y se ponga bajo la égida del libro de Rut, que sabemos que es de redacción postexílica. El capítulo del Génesis que hemos citado también proviene de esta época, pues la redacción sacerdotal también es postexílica. Es precisamente este epíteto divino uno de los elementos que nos permiten conectar esta redacción sacerdotal del Pentateuco con la época postexílica, cuando fue escrito también el libro de Rut, y es por eso por lo que lo estamos usando ahora para clarificar lo expuesto en persona de Abraham. El nombre denota un significado enteramente providencial. No'emi llama así a Dios porque ha obrado en su vida y la ha colmado de desgracia, según lo que dice a sus vecinos. Ella usa este epíteto para expresar lo que la providencia divina ha obrado en su situación. De la misma manera, Dios se

revela a Abraham como *Šadday* en Gn 17:1, y en el siguiente versículo hay presentada de inmediato una situación igualmente providencial, al transmitirle que se establecerá una alianza entre ambos y que *Šadday* le multiplicará sobremanera. Ambos nombres, tanto en Rut como en Génesis, van acompañados del contexto teológico de la providencia divina y, hasta podríamos decir, de la elección.

> 'No alargues tu mano hacia el muchacho -le dijo- ni le hagas nada, pues ahora he comprobado que temes a 'Ĕlohim y que no me has rehusado ni a tu hijo, tu unigénito' […] Abraham denominó a aquel lugar *Yahvé yir'eh* (יְהוָה יִרְאֶה); por lo cual se dice hoy: 'En el monte de Yahvé se verá […] te colmaré de bendiciones y abundosamente multiplicaré tu descendencia, como las estrellas del cielo y como las arenas que hay en la ribera del mar y tu posteridad se adueñará de la Puerta de sus enemigos y serán benditas en tu descendencia todas las naciones de la tierra, por cuanto escuchaste mi voz'. (Gn 22:12, 14, 17-19)

En primer lugar, cabe detenernos sobre la expresión יִרֵא אֱלֹהִים, aquí presente, pues la vemos muy conectada doctrinalmente al énfasis presente en otros pasajes ya subrayados en nuestro estudio que relacionan el favor de Dios con la escucha de su voluntad. Sobre esta expresión, von Rad (1972, p. 241) dice que debe leerse a partir de la clave de su significado, que es la *obediencia*. Muchas veces se ha argumentado que puede ser un reemplazo de la palabra *religión*, que no aparece en el Antiguo Testamento como tal, pero el biblista dice que no puede serlo debido a que la expresión en sí no denota ningún tipo de relación precisa con Dios. La narración del sacrificio de Isaac, dice von Rad (1972, p. 238), que es la más perfectamente formada y pulida de todas las narraciones patriarcales, existió independientemente antes de encontrar su lugar en la gran narrativa elohísta en la que ha sido colocada. La importancia para nuestro estudio del texto que mostramos aquí reside, en primer lugar, en que encontramos la primera mención textual y directa de la providencia divina. Esto lo vemos en el uso del verbo ראה (ver) en el nombre dado por Abraham al monte, יְהוָה יִרְאֶה. El mismo biblista (1972, p. 242) nos explica la importancia del nombre aquí presente. En primer lugar, para los antiguos era de extrema importancia nombrar el santuario o lugar sagrado en el que ha ocurrido una teofanía, pues se consagraba para todas las futuras generaciones que rendirían culto a este Dios. El nombre no es preciso, dice él, pues no se explica lo que Dios ve exactamente. Es aquí donde la interpretación de nuestro estudio entra en escena, pues creemos que el uso de este verbo en el versículo 14 nos muestra la providencia y el cuidado de Dios para con la situación que acaban de vivir Abraham y su hijo. *Ver* es aquí usado, según nuestra interpretación, como sinónimo de *vigilar*, *cuidar*. Dios le elige, pero le pone a prueba. Las promesas que le hace Dios son puestas en peligro cuando se le pide que sacrifique a su único hijo, pero Abraham lo hace. La providencia es tanto la que causa como la que frena este suceso, que también es hecho por motivos providenciales. Una vez superada la prueba, Yahvé bendice a Abraham con todas las bendiciones que se le prometieron hasta ahora, repitiendo lo antedicho en los cap. 15 y 17. El acceso a dichas bendiciones estaba ligado también a la superación de esta prueba, pues la fidelidad de Abraham es testada para que este demostrase, en primer lugar, que era digno de lo vaticinado. Según Blenkinsopp (2001, p. 109-110), esta narración marca el paso de las tradiciones de Abraham y Sara a la generación de Isaac. El matrimonio entre Isaac y Rebeca fundamenta el inicio de una nueva historia en esta familia, continuando la anterior.

> Ahora bien, Isaac imploró a Yahvé por su esposa, pues era estéril. Le añadió Yahvé y Rebeca, su esposa, concibió. Pero como los niños entrechocasen en su seno, ella exclamó: 'Si así ha de ser, ¿para qué estoy aquí?' Y se fue a consultar a Yahvé. Y Yahvé le dijo: 'Dos pueblos hay en tu vientre, y dos naciones de tus entrañas se han de separar; y una nación será más fuerte que la otra, y la mayor servirá a la menor [וּלְאֹם֙ מִלְאֹ֣ם יֶֽאֱמָ֔ץ וְרַ֥ב יַעֲבֹ֖ד צָעִֽיר]' (Gn 25:21-23).

El biblista judío Nahum Sarna señala la providencia divina al comentar este pasaje: "A diferencia de Abrahán y de Sara, Isaac y Rebeca no apelan al concubinato, sino que mantienen su fe en la palabra de Dios y se apoyan en el poder de la oración. El estado prolongado de infertilidad es profundamente importante dado que, el hecho de que se haya acabado se debe a un acto deliberado de providencia divina, un signo claro de que la prole que nacerá serán instrumentos de los designios de Dios" (Sarna, 1989, p. 179). Según von Rad (1972, p. 265), estamos frente a una antigua tradición, en primer lugar, sobre Rebeca, de la cual se profetiza que será madre de dos grandes naciones. No se explica nada más aparte de que habrá dos naciones que estarán enfrentadas. Ni el plan de Dios con ellas, ni lo que significa este enfrentamiento (por lo menos, no de momento). También Westermann (1985, p. 23-24) explica la importancia que el origen de Rebeca representa para P y para el relato en sí, pues es descrito en gran detalle y es un paralelo de la narrativa presente en el cap. 24. El mismo biblista arguye que estamos ante la introducción a la narrativa Jacob-Esaú, reconstruida por el redactor a partir de la unión de P con Y. El redactor muestra, a partir de esta introducción, que la relación entre los hermanos será una de enfrentamiento. Ciertamente, la importancia que este texto tiene para nuestro estudio es muy grande. Teológicamente, se puede entender bien desde la interpretación cristiana que se le dará, partiendo también de la providencia divina y la elección: "Y cuando todavía no habían nacido ni hecho algo bueno o malo –para que se mantenga el designio e Dios (ἵνα ἡ κατ' ἐκλογὴν πρόθεσις τοῦ Θεοῦ μένῃ), de libre elección, [basado] no en las obras, sino en el que llama–, se le dijo a ella: "El mayor será esclavo del menor, (tal como está escrito: amé a Jacob y odié a Esaú)" (Rom 9:11-13). La interpretación es clara: en el relato de Jacob y Esaú, el protagonista es la providencia divina y la libre elección de Dios. La omnisciencia divina previó las vidas que llevarían los dos y eligió a Jacob para continuar su plan providencial a través de él.

> Pues habíasele aparecido Yahvé y le había dicho: "No bajes a Egipto; avecíndate en el país que Yo te diré; reside en ese país, que Yo estaré contigo y te bendeciré; pues a ti y tu descendencia he de dar (אֶתֵּ֗ן) todas esas tierras, cumpliendo el juramento que hice a tu padre Abraham. Multiplicaré (וְהִרְבֵּיתִ֞י) tu descendencia como las estrellas del cielo y daré (וְנָתַתִּ֣י) a tu posteridad todos esos países, y en tu posteridad serán benditos (וְהִתְבָּרֲכ֣וּ בְזַרְעֲךָ֔ כֹּ֖ל גּוֹיֵ֣י הָאָֽרֶץ) todos los pueblos de la tierra, en premio de que Abraham escuchó mi voz y observó mi mandato, mis preceptos, mis estatutos y mis leyes" (Gn 26:2-5).

Regresamos al tema que ya fue presentado en el capítulo 12. Esta vez, las mismas bendiciones que Dios le hizo a Abraham, le son repetidas a Isaac, su hijo. La promesa vuelve a verse en peligro por una hambruna, que le hace a Isaac querer ir a Egipto. Dios tiene que intervenir, y hace reminiscencia de lo que le fue prometido. Nos llama la atención el sintagma מִשְׁמַרְתִּ֥י מִצְוֹתַ֖י חֻקּוֹתַ֥י וְתוֹרֹתָֽי presente al final del texto, que recuerda y es

paralelo a los muchos sintagmas de este estilo que aparecen en el Deuteronomio, como הַמִּצְוָה הַחֻקִּים וְהַמִּשְׁפָּטִים (Dt 6:1). Estos mandamientos están constitutivamente relacionados con la providencia divina. Particularmente porque, como ya hemos mencionado, la estancia en la tierra depende intrínsecamente del cumplimiento de estas ordenanzas que no aparecen, como vemos, con Moisés, sino que se remontan a la historia de los patriarcas. También en Génesis vemos que el cumplimiento de la voluntad de Yahvé acarrea la recompensa y el cumplimiento de la promesa. Aunque Abraham haya sido elegido, este texto que hemos seleccionado dice claramente que la promesa que lo que Dios le vaticinó a Abraham se cumplirá en *premio* (עֵקֶב, "a causa de") por la escucha de la voluntad divina. La progenie de Abraham recibirá la tierra y a sus enemigos en sus manos porque el patriarca se mostró fiel. Aunque fue elegido, la elección solo continuó porque se mostró fiel ante el Autor de esta.

> Luego exclamó Jacob: "¡Oh, Dios de mi padre Abraham y Dios de mi padre Isaac, Yahvé, que me dijiste: 'Vuelve a tu país y tu parentela, ¡que yo te favoreceré [וְאֵיטִיבָה עִמָּךְ]'! Sobrado pequeño soy para todas las mercedes y toda la lealtad de que me has hecho objeto [אֲשֶׁר עָשִׂיתָ] a tu siervo; […] Sálvame [הַצִּילֵנִי נָא], por favor, de la mano de mi hermano, de la mano de Esaú, pues le temo, no sea que llegue y me hiera a la madre con los hijos. Ahora bien, Tú dijiste: 'Yo te favoreceré [הֵיטֵב] sin falta y haré tu descendencia [וְשַׂמְתִּי אֶת־זַרְעֲךָ] como la arena del mar, que por lo abundante no puede contarse'". (Gn 32:10-13)

Partiendo, como dice Westermann (1985, p. 508-509), del sintagma וַיֹּאמֶר יַעֲקֹב, que implica una transición redaccional, vemos cómo se introduce una oración hacia la providencia de Dios. En esta oración encontramos tanto reflexiones *penitenciales* como elementos disonantes que hacen que no parezca una oración en sí, sino una reflexión providencial introducida por כִּי que se revierte encima de Jacob y de toda su descendencia, para luego continuar en el v. 12 exponiendo el motivo de su congoja. Jacob se encuentra temeroso ante el encuentro con su hermano Esaú, y clama a Dios para que le salve de su ira. Es un suceso bastante elocuente debido a que Jacob insta a Dios a actuar con él en pos de la promesa de elección que le fue hecha. Para ser salvado, este le recuerda a Dios lo que le fue prometido y cómo esta elección peligrará si Dios no actúa a su favor, lo que nos muestra un *chantaje* parecido al de Ex 32:32. Observamos cómo todas las palabras que hemos subrayado son verbos de acción, que indican instancias providenciales precisas en las cuales se insta a Yahvé a obrar en pos de la elección. Jacob Le agradecerá a Dios en Bet-'El su cuidado: "Luego dispongámonos y subamos a Bet-'El, donde yo fabricaré un altar al 'El que me atendió en el día de mi angustia y me ha asistido en el viaje que emprendí" (Gn 35:3). La guía providencial permanente de Dios para con Jacob es clara aquí, le atendió en el día de su angustia, o sea, en el día en el que se enfrentó a su hermano, y le ha asistido en el viaje que emprendió, cuidando de su regreso desde Mesopotamia hasta Canaán.

La elección y la providencia divina en la progenie de los patriarcas: El ciclo de José

Antes de interpretar, debemos distinguir, según dice Westermann (1989, p. 18), tres etapas de la historia de la interpretación del ciclo de José. La primera etapa es la deter-

minada por el punto de vista tradicionalmente eclesiástico y patrístico, que está igualmente muy relacionado con la interpretación que los judíos mantienen también hoy en día. Esta interpretación se centrará mucho en la prefiguración y en la lectura tipológica (por ejemplo, ver a José como un tipo de Jesucristo). La segunda etapa está determinada por la interpretación que la crítica literaria le ha dado a este relato, marcada por la explicación histórico-crítica y mítica, que ha sido en gran parte abandonada, en primer lugar, porque la historia de José no es ningún mito. La tercera y última etapa, explica el biblista, indica el presente *status quæstionis* de la interpretación del ciclo de José y que empezó con el reconocimiento de la narrativa como historia unificada y que ahora se preocupa, más que nada, en determinar la correcta exégesis del relato, su género, origen y desarrollo de la unidad literaria como tal. Hemos citado lo dicho por este autor porque nosotros situaremos el estudio que haremos sobre este ciclo también dentro de estos parámetros, centrándonos sobre todo en el mensaje teológico providencial de la narración.

Según von Rad (1972, p. 347-348), el ciclo de José se remarca, en primer lugar, por su longitud en comparación con las demás historias patriarcales, algo que no consiguió debido a una composición gradual de unidades narrativas independientes, al no pertenecer a un ciclo épico, sino que desde su principio hasta su fin es una narración construida orgánicamente, sin poder ningún elemento individual existir independientemente como parte de una tradición. El biblista arguye sobre una particular división en escenas que tienen individualmente su propia exposición, la cual es seguida por la acción misma, que tiene cada una un momento culminante y una conclusión definitiva, lo que implicaría necesariamente que este ciclo se desarrollase partiendo de una forma más simple hacia su forma presente. En cuanto a las fuentes, el biblista arguye sobre una composición a partir de J y E, aparte de porciones no importantes del P. El redactor ha mezclado las fuentes de tal manera que incluyó secciones extensas del paralelo elohísta dentro del yahvista para dar lugar a una narración aún más extensa, algo que ha dado discrepancias vestigiales en algunas partes de la redacción, pero lo que se ha ganado ha sido sin duda mayor de lo que se ha perdido. La historia de José forma, según Blenkinsopp (2001, p. 132), parte de la historia de Jacob, pues este está vivo y sano hasta casi el final de esta. Es evidente que tiene un carácter muy novelado, siendo esta otra marca de distinción respecto a los relatos originales de los tres patriarcas, que mencionábamos antes. Es precisamente por esto, termina el biblista, por lo que le podríamos dar crédito a la teoría de los bloques principales que nacieron y se formaron de manera independente. Podríamos decir, en cierta manera, que el ciclo de los patriarcas termina con la aparición de José, que es el primer descendiente de estos que ocupa una singular dentro del marco bíblico de la historia del pueblo de Israel. Alonso Schökel dice: "Si el libro entero del Génesis llegó a ser un clásico de la literatura occidental, la historia de José ha sido una de sus partes favoritas" (1990, p. 258). La importancia no solo bíblica e histórica de José y su ciclo, sino también teológica es tal que no podríamos entender el Génesis sin esta. Esto se debe a dos motivos: 1. José representa la continuación de la elección. Si la historia acabase con los tres patriarcas, la elección y la promesa que esta acarreó, habrían sido vanas; 2. José no solo representa la continuación de la historia salvífica de Israel, sino la concretización de la acción salvadora y providencial de Dios en cada instancia de esta historia, que continuará con todo Israel y seguirá con

la Iglesia. Yahvé no solo eligió a Abraham para hacerle una promesa y dejar que todo ocurriese al azar, sino que ha guiado providencialmente todos los sucesos concernientes a esta elección y promesa.

> ‘Mirad: estábamos atando gavillas en medio del campo, y he aquí que se irguió mi gavilla e incluso se mantuvo derecha, mientras ve ahí que vuestras gavillas se pusieron en derredor y se prosternaron ante mi gavilla’. Sus hermanos le dijeron: ‘¿Acaso pretendes reinar sobre nosotros? ¿Por ventura en nosotros vas a dominar?’ Y le cobraron aún más odio con motivo de sus sueños y sus palabras. Todavía soñó otro sueño, que refirió a sus hermanos, diciendo: ‘Mirad, he soñado de nuevo un sueño, y he aquí que el sol, la luna y once estrellas se prosternaban ante mí’. (Gn 37:7-10)

Al contarles lo que soñó, sus hermanos no ven más que un José engreído que se cree mejor que ellos y que les pide que se postren ante él, y por eso le odian aún más. Su padre da indicios de intuir que el sueño de José contiene un mensaje mucho más profundo en su totalidad, pero de lo que ninguno se da cuenta es de la providencia divina que hay detrás del sueño de José, y del tema de la elección presente en su historia. A nuestro parecer, este ciclo es un paralelo teológico del ciclo de Abraham, que comprende los mismos dos temas fundamentales que aquí estudiamos: la providencia divina y la elección. Al igual que Abraham, José es *elegido* por Dios. Donde aquél fue elegido para iniciar la descendencia, este es elegido para salvarla. Donde aquél fue elegido para irse de su tierra a causa de la promesa de su descendencia, también este será llevado de su tierra para salvar esta misma descendencia. Al igual que con Abraham, Dios estuvo permanentemente con José (Gn 39:21, 23) y obró la salvación de la promesa y de la numerosa descendencia a través de él. El sueño de José es providencial; él solo vaticina lo que acontecerá, pues tanto sus padres como sus hermanos se postrarán ante él en Egipto, y todo lo que a este le sucede será única y exclusivamente para obrar la salvación de su parentela, como él mismo dirá:

> ¡Yo soy José, vuestro hermano, a quien vendisteis en Egipto! Ahora bien, no os inquietéis ni os parezca enojoso el haberme vendido acá, pues para preservar la vida me envió ‘Ĕlohim delante de vosotros [כִּי לְמִחְיָה שְׁלָחַנִי אֱלֹהִים לִפְנֵיכֶם]. Porque dos años lleva el hambre en el interior del país y aún quedan cinco años en que no habrá ni arada ni siega. ‘Ĕlohim me ha enviado [וַיִּשְׁלָחֵנִי אֱלֹהִים], pues, delante de vosotros a fin de aseguraros un remanente en la tierra y conservaros la vida para una gran liberación. Así, pues, no me enviasteis vosotros acá, sino ha-‘Ĕlohim [לֹא־אַתֶּם שְׁלַחְתֶּם אֹתִי הֵנָּה כִּי הָאֱלֹהִים], que me ha constituido [וַיְשִׂימֵנִי] como un padre para faraón y como señor de toda su casa y gobernador en todo el país de Egipto. Daos prisa en subir adonde mi padre y decidle: ‘Esto ha dicho tu hijo José: ¡‘Ĕlohim me ha constituido señor de todo Egipto [שָׂמַנִי אֱלֹהִים לְאָדוֹן לְכָל־מִצְרָיִם]!’. (Gn 45:5b-9)

Ciertamente, donde mejor se expone el ciclo de José es en el cap. 45, cuando se hace una revisión de todo lo sucedido y José nos explica que todo ha ocurrido exclusivamente por Dios y por su divina providencia y elección para con su pueblo, para salvarle de todo lo que le iba a suceder. Así es como lo argumenta también Westermann (1986, p. 143-144), que explica que este es el núcleo teológico principal de la historia. Aquí es donde se reconoce la mano de Dios que lo guía todo y se expone el mensaje providen-

cial de todo el relato. Este significado es lo que ha llevado muchas veces, dice el biblista, a aislar este fragmento del libro y a considerarlo de manera independiente, como enseñanza. Casi todas las explicaciones de este pasaje hablan de la providencia divina, pero el biblista arguye que se debe tener claro que el texto en sí no trata de este tema. El ciclo de José como tal no tiene aún conocimiento de esta doctrina ni de lo que ella implica. Esto se debe, en primer lugar, a la estructura del v. 5, que solo puede verse como una conclusión reflectiva de lo acontecido, al estar escrita en pasado. Siguiendo a este biblista, las dificultades también se centran en el uso de la palabra שְׁאֵרִית ("remanente"), y el hecho de que aparezca una única vez en el Pentateuco, siendo un *hápax legomenon*. ¿Remanente de qué, entonces? El autor concluye argumentado que deberíamos interpretar este pasaje a partir del contexto de la espera profética de la salvación, que es donde esta palabra y su campo semántico aparecen de manera más resaltada, y dentro de esta corriente literaria se enmarcaría también estos pasajes del cap. 45. En nuestra opinión, interpretar los pasajes desde la literatura profética de la salvación es también interpretarlos providencialmente y a partir del tema de la elección. No es del todo posible delimitar tan incisivamente unos temas teológicos tan interconectados. Ciertamente, el motivo del *remanente* no es particular de la literatura profética ni tampoco del ciclo de José. Aunque no se use esta palabra precisamente, también apreciamos este concepto en la historia de Noé y podemos reconocer con total certeza que, en su caso, el tema de la providencia divina es más evidente que quizás en cualquier otro caso de todo el Antiguo Testamento. Von Rad (1972, p. 398) también comparte nuestra opinión, y habla de que el tema principal de la escena no es otro sino el reconocimiento de que la mano de Dios dirige el panorama lleno de confusión y culpa humanos hacia sus objetivos, algo que sorprende dentro de la misma narrativa porque, a pesar de que se haya puesto tanto énfasis en la historia concreta que ha llevado a José a pertenecer a la élite egipcia, al final todo se pone bajo la autoría de Dios, que lo ha obrado todo únicamente para salvar Su promesa. La intención principal de José no es ofrecer a sus hermanos un alivio por la culpa que sienten al verse ahora puestos en una posición de asumir responsabilidades por lo que hicieron, sino que sus palabras albergan una verdad objetiva, dice el biblista, el reconocimiento de la actuación de Dios detrás de todo, siendo esta la sobria afirmación que fundamenta todo el posterior recorrido de la narración y de la historia de esta, y todos sus otros temas teológicos, entre los cuales se encuentra con predilección, como ya hemos apuntado, la elección.

Conclusiones

Yahvé usa todo lo que crea conveniente para llevar a cabo su plan de salvación en momentos históricos específicos. La lectura de estos textos puede darnos paz, porque nos dicen que todo está bajo la guía de la divina providencia y no debe haber lugar para el miedo al futuro, porque tanto el "mal" como el bien vienen de él. Empezando por Abraham y culminando por su historia reflejada, la de José, el mensaje que es transmitido es el de la constante providencia de Dios para con su creación y, sobre todo, para con los elegidos para llevar Su plan salvífico. Abraham sale de su tierra, de su parentela y de la casa de su padre, y se adentra en lo desconocido escuchando únicamente la voz de Dios y confiando en lo que le es revelado por Este. La promesa continúa con

Isaac, que es el elemento *pasivo* de la providencia divina, *utilizado* para probar la fe de Abraham y para asegurar una vez más que la providencia y la elección de Dios lo comprende todo y no debe caber ninguna duda respecto a ellas. Jacob representa la elección de Dios desde el vientre de su madre, favoreciéndole a él por encima de su hermano y eligiendo continuar a través de él la descendencia y la promesa. De este precisamente será salvado, cuando otra vez la promesa se ve puesta en peligro. José es el espejo en el que confluyen los demás relatos y se reflejan; sobre todo el de Abraham, pues representa la instancia más precisa de la providencia de Dios que se revierte sobre toda la descendencia de Abraham y el inicio de una nueva narración, en la que la progenie de este continúa y la promesa de Dios se ve, hasta entonces, cumplida; así acabando el libro del Génesis. Observamos que el modus operandi de la providencia de Dios es holístico, permeando todos los aspectos de la vida, como hemos observado en las vidas de los patriarcas. Dios llama, guía y lleva a la meta de manera sana y salva a todas las criaturas que están en su cuidado, sin suprimir sus libertades y su capacidad decisional individual. La providencia divina tal y como la deducimos de las sagas de los patriarcas es una fuente de inspiración aplicable a las vidas de los creyentes a través de los siglos, pues Dios sigue siendo el mismo (Heb 13:8) y su manera de operar también. Todos los creyentes están invitados, al igual que los patriarcas, a dejarse guiar por la providencia de Dios que, al igual que a ellos, también llevará a los creyentes de ayer y de hoy a sus metas temporales y finales.

Referencias

AA. VV. (1967/77). *Biblia Hebraica Stuttgartensia*. Stuttgart: Deutsche Bibelgesellschaft.

AA. VV. (2006). *Septuaginta*. Stuttgart: Deutsche Bibelgesellschaft.

AA. VV. (2012). *Novum Testamentum Graece* (Nestle-Aland), 28th ed. Stuttgart: Deutsche Bibelgesellschaft.

Blenkinsopp, J. (2001). *El Pentateuco. Introducción a los cinco primeros libros de la Biblia*. Estella: Editorial Verbo Divino.

Blenkinsopp, J. (2015). *Abraham: The Story of a Life*. Grand Rapids: Eerdmans.

Cantera, F., y Iglesias, M. (2019). *Sagrada Biblia*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.

Navarro, M., y Fischer, I. (Eds.). (2010). *La Torah*. Estella: Editorial Verbo Divino.

Noth, M. (1972). *A History of Pentateuchal Traditions*. Englewood Cliffs: Prentice-Hall, Inc.

Rendtorff, R. (2001). *Introduzione all' Antico Testamento*. Torino: Claudiana.

Robinson, R. B. (1996). Literary Functions of the Genealogies of Genesis. *Catholic Biblical Quarterly* (vol. 49, p. 595-608).

Sarna, N. (1970). *Understanding Genesis*. New York: Schocken Books.

Sarna, N. (1989). *The JPS Torah Commentary. Genesis*. New York: The Jewish Publication Society.

Schökel, L. A. (1990). *¿Dónde está tu hermano? Textos de la fraternidad en el libro del Génesis*. Estella: Editorial Verbo Divino.

Singer, I. (Ed.). (1904). *The Jewish Encyclopedia*, vol. VIII. New York: Funk & Wagnall.

Singer, I. (Ed.). (1905). *The Jewish Encyclopedia*, vol. XI. New York: Funk & Wagnall.
Vílchez, J. (1998). *Rut y Ester*. Estella: Editorial Verbo Divino.
Von Rad, G. (1972). *Genesis: A commentary*. Philadelphia: Westminster John Knox Press.
Westermann, C. (1985). *Genesis 12-36: A commentary*. Minneapolis: Augsburg Publishing House.
Westermann, C. (1986). *Genesis 37-50: A* commentary. Minneapolis: Augsburg Publishing House.
Yves-Lacoste, J. (Ed.). (2005). *Encyclopedia of Christian Theology*, vol. 3, New York: Routledge.

Călin-Alexandru Ciucurescu cursó sus estudios de grado en la Facultad de Teología Ortodoxa de la Universitatea "1 Decembrie 1918" din Alba Iulia de Rumanía, en donde trabaja actualmente. Desde el 2019 hasta el 2021 realizó un máster de Sagrada Escritura en la Universidad Pontificia Comillas de Madrid, y desde el 2021 hasta el 2024 cursó el doctorado en Antiguo Testamento en la Universidad Babeș-Bolyai de Cluj-Napoc (Rumanía). Es doctor en teología y se desempeña como asistente universitario.